

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII.

DIARIO DE LA NOCHE.

NÚMERO 7864.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—**Provincias.** tres meses, 7:50 id.—**Extranjero,** tres meses, 11:25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 15 de cada mes.—Correspondientes en París para anuncios y reclamos, Mr. A. Lorette, rue Caumarin, 61.—John F. Jones 3, bis, rue du Faubourg-Montmartre.—En Londres, 106 Fleet Street E. C.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

Número suelto 15 céntos.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MEDIERAS 4

SABADO 4 DE FEBRERO DE 1888

ECOS DE MADRID.

3 de Febrero de 1888.

Las máscaras que llenaron anoche el gran salón del Regio Coliseo, debieron quedarse frías al abandonar al amanecer el teatro de sus triunfos y sus conquistas. Una capa de nieve cubría las calles, y nada más fácil que dar algunos resbalones.

¿Qué de caídas habrá habido!

Por otra parte, el contraste era capaz de helar los entusiasmos más tropicales. Pero en fin, la noche se pasó agradablemente.

Puede decirse que los bailes de la Sociedad de Escritores y Artistas y del Círculo de la Unión Mercantil, son los únicos á los que las señoras, tratándose se entiende, de fiestas públicas, se permiten aunque cubierto el rostro, tener los oídos destapados.

No se desdennan las damas aristocráticas en acudir á donde deben abundar los artistas y los escritores, y abundan en efecto.

Y ya es sabido, que las bromas que las enmascaradas dan con este motivo, son agradables y á veces sustanciosas, aunque poco literarias.

Casi todas las damas se saben de memoria, los devaneos, las aventuras, los amos de los que pulsan la lira ó esgrimen el pincel; pero son pocas las que conocen las obras ni los cuadros de los que favorecen con su conversación.

—¿Qué quieres, decía una mascarita vestida de maga, á uno de los novelistas más en boga que la preguntaba su opinión sobre sus libros; yo sé que tú escribes muy bien, que mi doncella llora á veces después de haber leído alguna de las páginas que tú sin duda escribes riendo; veo en *La Correspondencia* que te dan unos bombos atronadores; pero hijo yo, aunque quisiera leerle, no puedo. No lo querrás creer, pero las que andamos por ese mundo de la *hige life* no tenemos tiempo ni para pensar en nuestros maridos. Los bailes, las comidas, los estrenos, las conferencias con las modistas, las visitas, en fin, se van las horas como si fueran minutos. ¡Y gracias á que de vez en cuando, podemos saborear en el folletín de alguno que otro periódico, esas novelas de crímenes y de horrores, que tanto interés despiertan y que están escritas en un lenguaje moderno, casi francés!

El novelista algo amoscado:

—Hablemos de otra cosa, ¿la dijo.

¿Cuántos adoradores tienes?

No sé lo que le contestaría. Lo que sé es, que la mascarita se retiró y retrató á su clase. Mujeres encantadoras... pero sin aquello que faltaba al busto de la fábula.

¡El Teatro de Variedades ha desaparecido! ¡El fuego le ha devorado!

—Eh! ¿qué tal? Si hubiera ocurrido ese siniestro durante la función, allí se achicharran los espectadores.

He aquí la reflexión que se ocurre al noventa y cinco por ciento de los mortales simples. Pero lo que no piden todos á una como debieran, es que se cumplan las prescripciones de los reglamentos, y sobre todo, que se busquen los medios de hacer incombustibles los telones, bastidores y trastos que llenan los teatros.

Y sin embargo, esto último es cosa fácil.—Yo he presenciado las pruebas de una pintura, que no cuesta más cara que la ordinaria que se emplea y que de tiene y anonada el fuego.

En pequeño, vi poner á una llama un pedazo de madera, otro de lienzo, otro de tul y otro de papel. Estos fragmentos se mojaban en petróleo y ardían, pero en cuanto el gas se había quemado, quedaban los objetos un poco sucios, un poco ahumados, pero intactos.

Esta prueba, que se ha verificado también en grande escala, ha dado resultados satisfactorios. Ya presumo yo que el fuego á la larga triunfará. Pero si esa pintura detiene siquiera sea por minutos al voraz elemento, se evita su propagación, si da tiempo para que las juntas puedan escapar sin apresuramiento y para que se reúnan los recursos en hombres y bombas, para apagar y dominar el incendio, se habrá logrado una gran cosa.

Es más, hasta los galanes y las damas podrían defenderse unos de otros del fuego de las miradas, empleando el específico que da la incombustibilidad á esa pintura.

Mientras esto sucede, las señoras que quieren vivir dentro de la más estricta moralidad, ser buenas, y lo que es más, parecerlo, deben acudir á ver la literaria y amena comedia titulada *La mujer de César*. Los lectores saben, que esta esposa modelo fué repudiada por su marido, sin otro motivo que el de que había asistido á una reunión de señoras solas, en la que se coló un tal Clodio, disfrazado de hija de Eva, por supuesto, después del Paraíso.

Poco ha faltado para que un joven imitara al tal mozo, movido por la necesidad de ir al baile del Teatro Real, y por la falta de dinero para comprar el billete.

Pero este Clodio moderno no habría encontrado Césares.

Ya se han acabado.

JULIO NOMBELA.

Variedades.

Como subió Bismarck al poder.

Hace veinticinco años llegaban á Ber-

lín dos viajeros que en la estación de Anhalt tomaron el tren de Francfort. El público se descubría respetuosamente ante uno de aquellos, que no era otro que M. Roon, ministro de la Guerra. Su compañero de viaje, á quien muy pocos conocían era M. de Bismarck.

Juntos habían pasado la noche en un vagón, y acaso pudiera ser útil, para escribir la historia de estos últimos tiempos, saber qué fué lo que entre sí acordaron aquellos viajeros.

Bismarck, que se hallaba en Biarritz en calidad de embajador de Prusia en la corte de las Tullerías, había sido llamado por el Rey; la crisis ministerial que se había declarado, y para la que no encontraba solución, reclamaba el concurso de todos los servidores de la corona, y M. de Roon, que presentaba en Bismarck el gran ministro de Prusia, había salido á esperarle, llegando hasta Francfort, en su deseo de ser el primero en comunicarle la noticia de que el rey Guillermo no oponía la menor dificultad para que Bismarck formara parte del ministerio.

Al principio, el rey se había mostrado contrario al nombramiento de Bismarck; pero tanto había insistido en recomendarle M. de Roon, que al fin cedió, tal vez á pesar suyo, porque el entonces embajador seguía una política acentuadamente antiaustriaca; y Guillermo I, cuando ocurrió la caída del ministerio Schleinitz, en 1861, se había negado en absoluto á que Bismarck viniera á formar parte del nuevo Consejo de ministros; pero el príncipe de Hohenzollern quería á toda costa dejar el puesto que ocupaba, no había más remedio que aceptar como bueno á M. de Bismarck.

M. Roon, para acabar de decidir al rey, le puso este dilema: «ó el nombramiento de un ministerio Bismarck, ó el abandono de las reformas del ejército;» y el rey Guillermo, que en aquella época tenía puesta su atención en la reorganización del ejército, hubo de aceptar el sacrificio de sus simpatías personales mandando llamar á Bismarck.

No hay que creer que el entonces embajador, deseara ocupar un puesto en el ministerio; él mismo afirma lo contrario en las cartas que dirigía á su esposa, en las cuales repetidas veces manifestaba el temor de que se le nombrara ministro de la corona.

—«Cuando pienso en que puede llegar un día en que se me nombre ministro—decía,—yo mismo me hago el efecto de un picador enfermo pretendiendo amaestrar un caballo indómito.»

En otra ocasión se expresó en estos términos: «No es posible que sientas mayor antipatía que la que á mí me causa la *Wilhelmstrasse*» Podrían citarse centenares de frases parecidas á las que hemos dado á conocer; pero ésta que estampamos aquí expresa me-

yor que todo lo que pudiera decirse la aversión de Bismarck á los cargos ministeriales: «El día en que adquiera la seguridad de que me dejan tranquilo en las Tullerías, ese día será el único de mi vida en que me emborrache.»

Pero el actual canciller no pudo aprovechar la ocasión que deseaba, y que le hubiese recordado los tiempos en que inició sus estudios en la Universidad de Göttingue; y como siempre, dando pruebas de su fidelidad al rey, se dirigió á Berlín en cuanto se lo ordenó el monarca.

El rey deseaba á toda costa introducir reformas en la organización militar, pero la Cámara se negaba obstinadamente á votar los créditos necesarios para llevar á cabo aquellas reformas.

Se imponía pues, la necesidad de formar un ministerio capaz de afrontar todas las oposiciones y de dar un golpe de Estado si las circunstancias aconsejaban el empleo de este recurso extremo y Bismarck era el único que podía responder á las miras del Rey.

Pronto adquirió la seguridad de que obtendría los resultados apetecidos siguiendo la línea de conducta que se había trazado; y cuando á las cinco de la tarde del 21 de Septiembre de 1862 fué introducido en el gabinete de M. Roon, había aceptado el cargo de gobernar la Prusia.

El príncipe de Bismarck, que se complace en traer á la memoria los hechos de Mr. de Bismarck Schonhausen, refiere en los siguientes términos la audiencia que acababa de celebrar con el Monarca:

«Cuando llegué á la real Cámara—dice, el Rey estaba muy sobreecitado y abatido. Abrigaba el temor de que se declarase un motín, ó tal vez de que estallase una revolución que hiciera terminar de una manera sangrienta la crisis que atravesábamos. Dije á S. M. que consideraría como una muerte gloriosa la muerte sobre el patíbulo, si era necesario colocar mi cabeza sobre el tajo para servir al Rey, añadiendo en seguida que nadie pensaba en hacer una revolución y que era la Cámara de los diputados la que hacía nacer los temores que se abrigan en el ánimo del Rey: en seguida hice conocer al Monarca cómo debían ser tratados aquella especie de revoltosos.»

Las ideas del canciller de Alemania, en lo que se refiere á los diputados del pueblo alemán, no han cambiado en el espacio de veinticinco años; y no deja de ser curioso el siguiente pasaje de una carta que dirigió á su esposa pocos días después de aceptar el cargo de presidente del nuevo ministerio:

«He visto también al príncipe real, que por su educación y por sus modales puede tomarse como el representante del Gobierno parlamentario, y le he dicho estas palabras: «Poco me importaría